

**JON SOBRINO**  
**UNA TEOLOGÍA CONMOCIONADA POR LOS POBRES Y LOS MÁRTIRES**  
**Prof. Fco. Javier Vitoria Cormenzana**

**Aula de Teología**  
**15 de Febrero de 2011**

## INTRODUCCIÓN

Tras agradecer la invitación del Aula de Teología para hablar hoy de Jon Sobrino, y antes de comenzar mi exposición, tengo que decir que hay algunas dificultades para que, en un foro en el que la mayoría de los que me escuchan no son profesionales, un teólogo hable de otro teólogo; más aún cuando ese teólogo todavía vive y uno puede decir cosas de él que no son las adecuadas. A lo cual se añade, como ocurre en este caso, que el teólogo del que voy a hablar es muy buen amigo mío, le conozco hace muchos años, he compartido muchas horas con él, tanto en El Salvador, donde he dado clases en algunas ocasiones, como en Bilbao... Reconozco que siento por Jon Sobrino una profunda simpatía y un profundo respeto, por lo que, al hablar de él, es lógico que se manifiesten estos sentimientos que yo no quiero de ninguna manera ocultar.

En mi opinión, la clave para entender la teología de Jon Sobrino, su intento de reflexionar sobre la fe cristiana, está en el subtítulo de la conferencia: Una Teología conmocionada por los pobres y los mártires. Su pensamiento ha sido afectado, conmocionado, en primer lugar por los pobres y la pobreza, por los pueblos crucificados, como él los llama; y en segundo lugar por todos los mártires de El Salvador, a los que se añaden finalmente sus compañeros jesuitas de comunidad que, como bien saben, también fueron asesinados en aquel país.

## 1. BREVE APUNTE BIOGRÁFICO

Jon Sobrino Pastor nació 28 de diciembre 1938 en Barcelona en plena guerra civil, aunque su familia es vizcaína. La contienda española había obligado a su familia a trasladarse a Cataluña. Tras el final de la guerra, pronto volvieron a Bilbao. Realizó sus estudios de bachillerato en el Colegio de Nuestra Señora de Begoña de Induatxu. E inmediatamente después ingresó en la Compañía de Jesús y, como novicio, fue destinado a El Salvador en el año 1957. Desde entonces ha residido en este país centroamericano, con dos largas interrupciones de cinco años en Estados Unidos y de otros siete en Alemania. Se licenció en Filosofía en la Universidad de San Luis, en Missouri y Maestría en Ingeniería Civil en la misma universidad. A continuación estudió Teología en Frankfurt, doctorándose en esta disciplina con una tesis sobre la teología de J. Moltmann y W. Pannenberg. En 1969 fue ordenado sacerdote. Y en

1974, terminado su largo proceso formativo, comenzó su actividad docente en la Universidad Centroamericana (UCA) «José Simeón Cañas», de El Salvador.

El Salvador vivía en aquel entonces una situación extremadamente complicada, caracterizada por unas inmensas desigualdades sociales. El contexto de tensión, protestas e inestabilidad permanente, pero sobre todo de injusticia estructural de la sociedad salvadoreña, condujo a aquella universidad jesuítica a una progresiva evolución, a través de la cual se fue identificando de forma creciente con los sectores más empobrecidos del país. Los años setenta supusieron así una sustancial transformación del posicionamiento tradicional de la educación jesuítica en aquel país.

Doy esta información porque no se puede estudiar a ningún teólogo, pero menos aún a Jon Sobrino, al margen del contexto social en el que realiza su actividad teológica. En este caso además es importante recordar la opción de la Universidad a la que pertenece así como alguno de sus compañeros jesuitas –concretamente I. Ellacuría, rector de la universidad- con el que él y compartió durante mucho tiempo docencia, preocupaciones, intereses, etc.

Para entender esa teología también tenemos que hacer referencia a unas fechas que son muy significativas en la biografía intelectual y espiritual de Jon Sobrino.

1977: el 3 de febrero Mons. Oscar Arnulfo Romero es nombrado arzobispo de San Salvador y con él, en palabras de Ignacio Ellacuría, «Dios pasó por El Salvador». Un mes más tarde, el 12 de marzo de ese año, el jesuita salvadoreño Rutilio Grande era acribillado a balazos en el interior del país

1980: el 24 de marzo es asesinado, mientras celebraba la eucaristía, Mons. Romero.

1989: el 16 de noviembre de 1989 un comando de la fuerza armada de El Salvador asesina a los jesuitas I. Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López, todos ellos compañeros de Universidad y de comunidad de J.S.; y a dos mujeres salvadoreñas: Julia Elba Ramos y su hija Celina. Jon se salvó de la matanza porque se encontraba en la India.

En la teología de Jon Sobrino han influido, sin duda, teólogos como J. Moltmann, W. Pannenberg, K. Rahner..., filósofos como X. Zubiri p como su compañero y amigo I. Ellacuría. Pero la influencia de la experiencia de los pobres – del pueblo crucificado- y de los mártires será la más decisiva, y por eso me he permitido describir su teología como una teología conmocionada por los pobres y los mártires.

Su pensamiento teológico irrumpe con fuerza y novedad a mediados de los

años setenta del siglo pasado. La revista de Estudios Centroamericanos de la UCA publica El conocimiento teológico en la teología europea y latinoamericana. El artículo constituye una verdadera declaración de intenciones sobre la perspectiva y el método del pensamiento teológico que ha desplegado desde entonces. La lectura de su conclusión puede ayudarnos a entrever la novedad y el alcance de su propuesta:

«En el fondo lo que ha pretendido [la teología latinoamericana] es recobrar el sentido de las experiencias bíblicas sobre lo que significa conocer teológicamente: conocer la verdad es hacer la verdad, conocer a Jesús es seguir a Jesús, conocer el pecado es cargar con el pecado, conocer la miseria es liberar al mundo de la miseria, conocer a Dios es ir a Dios en la justicia».

Como ven su modo de entender el conocimiento tiene que ver fundamentalmente con la praxis y se emparenta con la idea bíblica del conocer: “Conocer es amar, es comprometerse”. Ese primado de la praxis en la teología de Jon va a ser la clave de toda la perspectiva teológica la que él va a servir durante aproximadamente 35 años.

Su aporte contribuyó al fortalecimiento de Teología de la Liberación que, como inédita perspectiva teológica, estaba dando sus pasos iniciales. Hoy el recuerdo de aquellos primeros y sorprendentes balbuceos teológicos nos habla de la calidad de un teólogo que, juntamente con otros pocos ha conseguido que la teología escrita en lengua castellana, tras muchos años de pasar desapercibida, vuelva a tener relevancia y sea tenida en cuenta en la comunidad teológica internacional, a pesar de las reticencias iniciales con las que fue recibida. Las numerosas traducciones de la obra de Jon Sobrino, su pertenencia al Consejo Editorial de la Revista Internacional Concilium y los numerosos reconocimientos académicos recibidos avalan lo que acabo de afirmar sobre la relevancia de su teología.

Quiero terminar este apunte biográfico diciendo que sus propuestas teológicas forman parte destacada del impulso reformador que nos llega desde las Iglesias y comunidades humanas del Tercer Mundo a las Iglesias y sociedades del Primero. Hace algunos años, con motivo de una intervención pública, se me preguntó por la aportación de la Teología de la Liberación, a la teología o a las sociedades europeas. Titulé mi exposición de esta manera: Vuelven las tres carabelas. Hay una vuelta del Evangelio desde los países del Tercer Mundo, desde los países colonizados y evangelizados por Europa, una vuelta de la buena noticia de Dios encarnada por aquellos hombres y mujeres que viven en el Sur, en los países pobres del mundo. En este caso, en los países pobres de tradición latina, española.

Mal que nos pese, la mayor dificultad que hemos tenido y seguimos teniendo las sociedades desarrolladas y las Iglesias ricas para asimilar el desafío de esa teología, no es de tipo intelectual –una manera nueva de entender la salvación y la liberación humana, etc.- sino la gran perturbación que producen su convicción y su

afirmación de que “la presencia de Dios en la historia es la presencia de un Dios liberador y defensor de los pobres”. Semejante revelación es la que provoca la desinstalación práctica de un sinfín de nuestras seguridades y la que solicita múltiples procesos de conversión por nuestra parte. Creo que es muy importante tener esto en cuenta cuando nos acercamos al pensamiento teológico de Jon Sobrino.

A veces algunos medios de comunicación españoles han utilizado a los teólogos de la liberación para fustigar a la jerarquía católica española, como si en España la dificultad para creer estuviera simplemente en los obispos. En mi opinión, es una manera de escabullir el bulto y de marginar lo más radical (la vinculación de Dios, de su justicia y de su salvación a la historia de los pobres) de sus propuestas, que resulta absolutamente críticas e incluso subversivas para los ciudadanos satisfechos de las sociedades ricas como la española..

## 2. EN EL MARCO DE LA SOTERIOLOGÍA HISTÓRICA

La teología de Jon Sobrino no se puede entender al margen de una comprensión histórica de la “salvación de Dios”, es decir, realizada en la historia. La soteriología<sup>1</sup> histórica es una expresión acuñada por Ignacio Ellacuría en los años 70, fundamentalmente.

El año 1973 Ignacio Ellacuría presenta un primer esbozo de ese proyecto de soteriología histórica -aunque todavía no le da ese nombre-, que luego completaría con otros desarrollos y precisiones posteriores que aparecen en un montón de libros y artículos suyos. En el origen de este proyecto están las afirmaciones de la primera reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana que tuvo lugar en Medellín, después del Vaticano II, y en la que se hicieron unas propuestas y se redactó un documento final que marcó fuertemente la vida de las Iglesias latinoamericanas a partir de los años 70.

Ese modelo afirma lo siguiente: hay mutuas implicaciones entre “la historia de la salvación” y “la salvación de la historia”. Ese modelo tiene las siguientes características:

- 1ª. *La determinación de que la historia de la salvación es una salvación en la historia y no solamente más allá de la historia.* Hoy la afirmación nos puede parecer algo obvia, pero que no se percibía así en el año 1973, debido a que, durante siglos, los cristianos hemos estado acostumbrados a pensar que lo que hacíamos en nuestra historia personal eran méritos para salvarnos cuando nos muriéramos. Sin embargo la teología del Concilio Vaticano II y también la de Medellín, -teología que es fiel a la tradición más auténtica de Jesús de Nazaret- darán pie a pensar que la historia de la salvación es ya una salvación en la historia, y no es solamente para después de la historia.

Dicho de otro modo, no es que haya una historia profana -la que vivimos- y

---

<sup>1</sup> «Soteriología» es un término técnico que utiliza la teología para referirse al saber sobre la salvación de Dios.

aparte una historia de la salvación que vamos mereciendo en la medida en que somos buenos, hacemos méritos, cumplimos con las reglas de juego... sino que Dios se ha comunicado como salvación para los hombres y mujeres por medio de Jesucristo y de su Espíritu, precisamente en esta historia que protagoniza la humanidad; no hay dos historias que caminan en paralelo, sino una única historia en donde hay salvación. Por consiguiente, la salvación no es algo que acontece fuera del mundo, sino en el mundo. En realidad se afirma lo mismo -aunque quizás con palabras más abstractas- que lo que anunciaba Jesús: *ha llegado el reino de Dios*.

La *primera afirmación* de esta manera de entender la salvación, se podría contener en este axioma: *fuera del mundo no hay salvación*; es una fórmula de Schillebeeckx que expresa exactamente este principio de la soteriología histórica.

2ª *El concepto de praxis histórica trascendente*. La convicción sobre la unidad total de una sola historia de Dios *en* los hombres y de los hombres *en* Dios, conduce a la afirmación de que la comunicación salvadora de Dios acontece *en* la historia humana y la praxis humana de salvación acontece *en* la historia salvadora de Dios. En estas condiciones la praxis humana no es ni meramente política, ni meramente histórica, ni meramente ética. Se trata de una praxis histórica trascendente, que virtual o formalmente hace patente u oculta al Dios Salvador, que se hace presente en la acción de la historia. Cuando los hombres y las mujeres trabajamos y contribuimos a la construcción de la historia, estamos –lo sepamos o no- favoreciendo o entorpeciendo el progreso de la historia de la salvación o de la salvación de la historia. Por lo tanto nuestra praxis –término complejo que utiliza la teología de Jon y la salvadoreña- es una praxis trascendente.

3ª. *La percepción de la historia como lugar del ocultamiento de la autocomunicación salvadora de Dios y de la perdición*. No hay ninguna ingenuidad en su visión de la historia. Ésta no se contempla solamente como lugar de la manifestación de Dios. Es cierto que existen praxis históricas dirigidas acompasadamente en la dirección del dinamismo de creciente donación de Dios a los hombres. Sus sujetos, sépanlo o no, no sólo están salvando la historia, sino que están haciendo posible una mayor donación de Dios en la historia. Pero igualmente, existen praxis (como la injusticia, todo lo que estos teólogos llaman las estructuras de pecado) que le oponen resistencia a ese dinamismo. Sus sujetos no están haciendo otra historia al margen de la historia de salvación, sino intentando hacer prevalecer las fuerzas del mal y del pecado sobre las fuerzas del bien y de la gracia en la misma historia de salvación. No existen zonas neutras y profanas en la construcción de la historia. De esta forma la historia que es el lugar por antonomasia de la Salvación de Dios y de su revelación, se convierte en lugar de perdición y de ocultamiento encubridor (p.e., la existencia de los pueblos crucificados).

4ª. *La necesidad de discernir en qué consiste la salvación en cada situación concreta*. Los cristianos necesitamos discernir, cribar la realidad, para saber en qué consiste la salvación en cada situación histórica. La salvación no debe entenderse ni estática ni unívocamente sino que será distinta según el tiempo y el lugar en que se realice. Insistirán mucho en la necesidad de preguntarse ¿qué significa salvación de Dios en El

Salvador, en Centroamérica, en el continente latinoamericano...? ¿Qué cultura, qué sistema económico y político, qué colectividad humana, son los que aparecen como mejores mediadores de salvación? ¿Y cuáles son las praxis de la cultura, de la economía, de la política, de las instituciones, que realmente mejor median la salvación en cada momento histórico? Es una cuestión abierta que reclama una respuesta histórica y para ello es necesario discernir, buscar... Evidentemente a este momento de discernimiento le competen los temas de análisis de la realidad.

5ª *La referencia al Jesús histórico criterio definitivo para el discernimiento histórico de la comunicación salvífica de Dios.* La pregunta por la salvación histórica no es una cuestión absolutamente abierta para la que quepa dar cualquier respuesta. El modo de hacer historia de Jesús ha quedado como criterio definitivo de cualquier comunicación salvífica de Dios. Se trata de salvar la historia, pero haciendo en ella presente el poder de Dios tal y como se revela en la historia de Jesús, en su modo peculiar de intervenir y de hacer históricamente presente a Dios entre los hombres. Por eso, como veremos enseguida, la primera obra importante por la que se le conoce a Jon Sobrino es una cristología; y una constante histórica de su teología son sus trabajos sobre Jesucristo.

6ª. *Los pobres como lugar del discernimiento del paso de la salvación por la historia.* El ejercicio del discernimiento necesita no solamente criterios adecuados, que le permitan mirar discriminadoramente la realidad, sino además situarse previamente en el lugar idóneo y buscar así la perspectiva más adecuada. Esta pre-situación la constituye el territorio y la condición de los pobres. La misma praxis jesuánica viene a confirmarlo, mostrando claramente un lugar y un criterio, el de la opción preferencial por los pobres, cuyo manejo acertado puede orientar y fortalecer la presencia de la salvación en la historia. Los pobres son para Jesús el lugar de la máxima presencia profética y apocalíptica de Dios. La revelación de Dios a lo hombres es de estructura estrictamente "kenótica" y consecuentemente los pobres se convierten en el lugar óptimo de la praxis salvífica liberadora. Aquí aparece un *segundo axioma* soteriológico que Jon Sobrino hará expresamente suyo más tarde: *fuera de los pobres no hay salvación.*

7ª. *El objeto unificador de la teología y su objetivo es la realización de la salvación de Dios en la historia.* La teología se entiende como el momento consciente y reflejo de una praxis eclesial que, englobada en la praxis histórica universal, toma partido por los oprimidos y tiene como centro la mayor realización posible del Reino de Dios. La teología ilumina, critica, responde y justifica aquellas praxis que favorecen el lado de los oprimidos en la construcción y establecimiento de la nueva tierra. Consecuentemente su objeto fundamental no es ni el esclarecimiento de la verdad de la revelación de Dios, ni la interpretación del sentido de la salvación de Dios, sino un quehacer transformativo de la realidad social, que intenta la mayor realización posible del Reino de Dios y hacer presente en la condiciones reales de esa realización al Dios del Reino. La teología es un momento teórico de una praxis salvífica; de las praxis salvíficas de los cristianos o de la Iglesia. La teología está articulada dentro de esa praxis, y en función de hacer salvación al género humano. En ese sentido recuerda mucho aquella meditación de los EE de San Ignacio, en que la Trinidad dice: "hagamos

salvación del género humano”. No olvidemos que Jon Sobrino es jesuita.

### 3. DOS ETAPAS EN SU PENSAMIENTO

En su biografía teológica se suelen distinguir dos etapas. La fecha de inicio de la primera se sitúa en el año 1977, fecha de la primera edición de la obra con la que la teología salvadoreña comienza a adquirir notoriedad: *Cristología desde América Latina*. El momento de su clausura coincide con el final de la década de los ochenta, que tuvo un gran significado tanto para las expectativas de liberación de Latinoamérica como particularmente para las de El Salvador. En los ochenta se produce la cristalización en la realidad latinoamericana de enormes cambios socio-políticos, culturales y eclesiales, que se habían ido gestando a lo largo de la década anterior. Para la realidad salvadoreña, ésta es la década de los mártires, que comienza con el asesinato de Monseñor O. Romero (24 de marzo de 1980) y culmina con el de los seis jesuitas y dos mujeres en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" en San Salvador (16 de noviembre de 1989). La segunda etapa llega hasta nuestros días. Los procesos vividos y sobre todo la experiencia del martirio afectan a la teología de Sobrino, produciendo un cambio que el propio Jon ha descrito como el paso de una teología “sólo” de la liberación a una teología del martirio y, más concretamente, como esfuerzo de honradez “en soledad intelectual” por descubrir en la historia y elevar a concepto teológico qué es la realidad de la liberación y del martirio.

Su primera obra cristológica se amplía con otro libro, *Jesús en América Latina*, del año 1985, que recoge una serie de artículos suyos sobre Jesús, el reino de Dios, etc. Los dos primeros capítulos son los más importantes, porque son los dos textos que la Santa Sede le pide a Jon Sobrino que escriba para clarificar algunas posiciones de *Cristología desde América Latina*, que no les parecían suficientemente correctas... Son los primeros polvos que se convertirán en los lodos de la nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe de hace pocos años.

Más tarde escribirá su única obra sistemática: *Jesucristo liberador, lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret* del año 1991 y *La fe en Jesucristo, ensayo desde las víctimas*, de 1999. Ser trata de una cristología en dos tomos, separados por ocho años. Esta distancia en el tiempo se debe, entre otras cosas, a las condiciones en que Jon Sobrino trabaja en El Salvador, que no son exactamente iguales a las de los teólogos que trabajamos en España ni, mucho menos, a las de los teólogos que trabajan en Alem

Paso ahora a comentar estas dos etapas.

#### a) *La liberación de Dios en la realidad crucificada de América Latina*

El panorama teológico en el cual va a tomar cuerpo la teología de Jon Sobrino, recoge toda la crisis de la modernidad que se produce en Europa a partir del 1968, pero vista desde el reverso de la historia, desde el lugar de los oprimidos. Es una teología que trata de hacerse cargo de la condición crucificada de la realidad latinoamericana.

Lo primero que su teología es concluir un diagnóstico sociocultural diferente al que en esa época hacían los teólogos europeos. Es decir, la modernidad está en crisis,

no solo porque haya pérdida de sentido, se hayan venido abajo las grandes utopías y y la idea del progreso –como han dicho los críticos europeos, pues camina sobre cadáveres- sino que, la crisis del proyecto ilustrado de emancipación, la auténtica crisis de la modernidad, es la falsedad de la teoría del desarrollo en los países del Sur y las incontables víctimas de la pobreza y de los regímenes dictatoriales centroamericanos y del cono Sur.

Hacerse cargo de la realidad es hacerse cargo de la realidad crucificada de América latina, y Jon Sobrino dirá que el lugar que da vida a su teología es aquel donde viven los hombres y las mujeres (los pobres) que van a morir antes de tiempo o que no pueden dar la vida por supuesta.

Desde esa situación va a percibir que en ese momento –los años 70- la crisis del mundo consiste en la muerte del oprimido, la muerte del indio, del pobre, del campesino. La razón de esa muerte hay que buscarla en el triunfo de la injusticia sobre la justicia, de la insolidaridad sobre la fraternidad, de la opresión sobre la libertad y de los privilegios de las minorías sobre la igualdad de todos.

El gran obstáculo a erradicar, la gran dificultad que hay que resolver históricamente, proviene de los ídolos, absolutizaciones y divinizaciones humanas de un límite creado (p.e., la riqueza, la propiedad privada, la seguridad nacional, la organización, etc.), que, en razón de su carácter de ultimidad, autojustificación e intocabilidad, niegan o cierran lo que de presencia salvífica de Dios hay en todo lo histórico, en cuanto que exigen víctimas para subsistir y reclaman que en su nombre se sacrifiquen vidas humanas.

Durante decenios la realidad de El Salvador ha sido un inmenso "rincón de la muerte", donde los agentes de pastoral y el pueblo creyente se ha planteado espontáneamente la pregunta sobre la realidad salvadora de Dios: *"Cómo es posible que precisamente aquí, a donde he llegado tantas veces para decir que Dios es un Dios cercano y que nos quiere, que no queda indiferente ante el dolor, que precisamente aquí suceda una masacre tan espantosa?"* *"Cuántas veces no decimos que Dios actúa en nuestra historia... Pero..., y si actúa, cuándo acaba esto? Y tantos años de guerra y tantos miles de muertos? Qué pasa con Dios?"*.

La teología de Sobrino se ha sentido afectado por multitud de experiencias, como ésta, de dolor humano y "abandono" de Dios. Las preguntas de los pueblos crucificados le interpelan y le impulsan a ponerse al servicio de una reflexión articulada que, desde horizontes diversos de comprensión y a la luz de la Palabra de Dios, acoja y exprese el derecho de los pobres a pensar su fe. La aprehensión de esta radical negatividad, como dato primero de la realidad, provoca derivadamente la crisis de la fe. No es ni el ateísmo de la cosmovisión moderna, ni las deficiencias de sus antropologías la causa de la pérdida de consistencia de la verdad salvífica. Es precisamente la muerte injusta de los pobres la prueba de la ausencia o la inexistencia de un Dios bueno para ellos. El mal implantado en la historia, en forma de extrema pobreza y de creciente pléyade de pobres, coloca la verdad de la realidad salvadora de Dios bajo una sospecha mucho más aguda que la suscitada por todos sus críticos de la modernidad. Las referencias más sagradas de la visión cristiana de la realidad -el ser, el hombre, el Jesús histórico, el Cristo de la fe, la



irrupción histórica de la salvación y el mismo Dios- quedan seriamente tocadas por el impacto de esa negatividad. Su teología acepta este desafío real y lo eleva al nivel del concepto, utilizando diferentes perspectivas:

Transcribiré como botón de muestra su formulación, de la aporía *Teológico-Trinitaria*: «A Dios Padre le salieron y/o le resultaron muchos hijos pobres, entre ellos, su Hijo unigénito, cuando se encarnó en la historia. Este es un hecho primario y masivo, que no puede pasar por alto quien quiera hablar de Dios, sea teólogo, pastor o profeta... Sólo cuando Dios salve al pobre será realmente el Dios salvador prometido. Pero como esto no ha ocurrido todavía, queda ante los ojos el escándalo de la impotencia de Dios. Los pobres, en vez de desaparecer, se multiplican hasta constituirse en la mayoría de la humanidad y se multiplican sus dolencias y dolores. No se puede eludir la objeción apelando a un reino de Dios interiorista o puramente trascendente... El problema de los pobres es, así, no sólo el problema de la humanidad sino también el problema de Dios. Y esto no sólo porque en ese problema se juega la promesa de Dios y la veracidad y fidelidad de Jesús, sino porque en él se convalidan o se invalidan afirmaciones fundamentales sobre Dios... El hecho mismo de la existencia masiva de los pobres... va contra Dios como Padre misericordioso de sus hijos más débiles; va contra la filiación divina de los hermanos de Jesús y últimamente contra la filiación divina de Jesús como enviado del Padre para hacer reinar el amor entre los hombres; va contra el Espíritu Santo, que no vive en la historia sino que es expulsado de ella por la fuerza del pecado de los hombres. Toda esta carga teologal lleva consigo la realidad lacerante de los pobres».

Jon Sobrino solamente encuentra una respuesta a esta aporía: *bajar de sus cruces a los pueblos crucificados*. Cualquier otra respuesta solo consigue aplazar su solución y corre el riesgo de hacerse corresponsable humana y teológicamente de la crucifixión de la realidad. Cualquier otra respuesta convertiría en insignificante para la vida del mundo el lenguaje cristiano sobre la salvación; y de ahí el encargarse de la realidad de los pueblos crucificados.

La reflexión y el quehacer teológico de Jon Sobrino le abocan a encargarse de esa realidad. Su teología –se trata de teología, no de acción directa, por tanto lo que aportará será luz, criterios, horizontes para ese trabajo- debe contribuir a que se vaya haciendo real y mayormente posible la salvación para los crucificados y a que consecuentemente se consiga que Cristo y el Dios salvador sean realmente comprensibles en ella. Su pensamiento acerca del acontecimiento de Jesucristo consistirá directamente en saber cómo abrir caminos a la salvación de Dios en una realidad de pueblos crucificados; se tratará de saber cómo la historia de la salvación es salvación histórica para los pobres.

En palabras de Jon Sobrino, *la teología pretende contribuir a bajar de la cruz a los pueblos crucificados* y no se contenta con justificar el paso del Jesús histórico al Cristo de la fe - cómo pasó la Iglesia de lo que decía del Jesús histórico a la fe en Jesucristo- que es una de las preocupaciones de los teólogos europeos. Para Jon Sobrino eso no basta, sino que hemos de recurrir al Jesús histórico y al Cristo de la fe para ver cómo, desde el Jesús histórico, lo vamos constituyendo como Cristo histórico; es decir, como

historización visible y eficaz de la afirmación paulina de que *en Él sean todos en todos*.

La clave aglutinadora de todo este discurso, la clave teológica por excelencia, es que *Dios se encarna en los pobres*. Esa encarnación le llevará a perfilar un concepto cristiano de salvación, comprendida como liberación integral -por eso llamará a Jesús liberador- que afecta procesualmente a lo personal, a lo social, a lo histórico y a lo teologal, en cuanto vida plena. Jon Sobrino no cree que la salvación de los seres humanos culmine en la historia, sino que está presente en la historia, la cual tiene que tener dimensiones personales, sociales, históricas, etc., y alcanza vida plena más allá de la historia.

Además (paradójicamente para quienes tienen una visión estereotipada de su teología) la concreción última, el horizonte último de esta salvación, es la divinización, la “deiformación” –dirá Jon Sobrino, utilizando un concepto de Zubiri-. La salvación como liberación presupone el hecho histórico del pecado, pero la voluntad divina de comunicarse a los hombres no es simplemente liberarlos del pecado, sino divinizarlos, como decía la antigua tradición de los Padres griegos. El fundamento último de la salvación cristiana es el intento de Dios al comunicarnos y hacernos participar de su vida. A veces se ha acusado a su teología –a mi juicio injustamente- de ser pura sociología, de pura inmanencia y, sin embargo, para él el objetivo final de la salvación es la divinización. En realidad lo que ocurre es que, cuando Dios se encarna para divinizar, se encuentra con una historia en la que el pecado tiene poder, un poder que mata, priva de la vida antes de tiempo, oprime, esclaviza, tortura, destruye... Por tanto, su acción salvífica para llegar a la divinización tiene que pasar por la liberación.

Un tercer axioma soteriológico se esboza en su teología: *fuera de Dios no hay salvación*. En última instancia solo Dios salva y además el destino último de la salvación es la divinización.

En esta primera etapa el signo por excelencia de la presencia de Dios en la historia será el pueblo crucificado, los pueblos crucificados. Jon Sobrino, en parte con ayudado por el pensamiento de Ellacuría, verá en el pueblo pobre, crucificado, el continuador de la misión redentora del Siervo, porque las mayorías empobrecidas son para él la realización histórica de la víctima del pecado histórico en el mundo, como lo fue Jesús en su propia historia. El pueblo pobre, crucificado se convierte en algo así como el sacramento de la salvación para el resto de la humanidad. Aquí aparece un cuarto axioma soteriológico: *fuera de la cruz no hay salvación*.

Estos cuatro axiomas, *fuera del mundo no hay salvación, fuera de los pobres no hay salvación, fuera de Dios no hay salvación y fuera de la cruz no hay salvación*, estructuran todo el proyecto teológico de Jon Sobrino.

**b) Una teología humedecida por las lágrimas y enrojecida por la sangre de los mártires.**

La clave fundamental de este segundo período es el paso de una “teología de Jesucristo liberador” a una “teología del martirio”. Dicho de otro modo, en la primera etapa, la teología de Jon Sobrino participa de un cierto optimismo histórico. Es decir participa –ahora no podría decir que expresamente, pero sí implícitamente- de la convicción de que la liberación de los pobres es históricamente factible. Sin

embargo la experiencia de los mártires le lleva a cambiar o a profundizar de otra manera en su teología.

Es un tiempo que el que va tomar cuerpo el tratamiento de la mística del *principio misericordia*, como clave para entender la realidad. En el fondo la clave de su teología a partir del año 1989 es la experiencia paradójica de que la década de los mártires es un tiempo de gracia, un tiempo en el que Dios ha visitado de manera especial al pueblo de El Salvador. Es verdad que lo ha hecho de manera kenótica -anonadada, diríamos con el lenguaje de la carta a los filipenses- pero es un tiempo en el que Dios se ha hecho presente de una manera especial en el martirio de muchos hombres y mujeres casi anónimos y no solo en aquellas personas más significadas socialmente como pueden ser Oscar Romero o Ignacio Ellacuría

La teología de Jon Sobrino se convierte así en una especie de biografía mística de unas vidas entregadas hasta la muerte por ponerse del lado de los pobres, prestar su voz a los sin voz, y responder así a esa sed de justicia que clama al cielo. Su discurso va a quedar definitivamente sellado por la identidad de El Salvador crucificado. Así parece visualizarlo el final del primer volumen de su cristología que termina como terminaba el original del Evangelio de San Marcos, sin relatos de la resurrección y con el enterramiento de Jesús en el sepulcro. Es cierto que Jon Sobrino habla de la resurrección en el otro volumen, pero lo que quiero destacar con esta referencia es que las biografías místicas de estos mártires van a marcar decisivamente su reflexión en este segundo periodo aun inconcluso. Ahora bien, lo va a hacer positivamente porque él, que ha utilizado muchas veces las claves de Kant para englobar la realidad humana, -¿qué me está permitido esperar, qué puedo saber, qué tengo que hacer?-, a partir de este momento les añade una cuarta: *¿qué hay que celebrar?*

Éste añadido es sin duda una de las aportaciones que más me ha llamado la atención de la teología de Jon Sobrino: una teología que, humedecida por las lágrimas provocadas por las muertes de sus hermanos de su comunidad y enrojecida por la sangre de los mártires, sin embargo se pregunta qué es lo que hay que celebrar. Su respuesta no deja lugar a las dudas: la dimensión humana de los mártires que de alguna manera es capaz de expresar la verdad de los seres humanos. En este momento empieza a hablar de la santidad primordial y a utilizar una serie de categorías que son sumamente importantes para entender su teología.

## **5. LA PERSPECTIVA REMEMORATIVA-NARRATIVA DEL MODELO TEOLÓGICO**

La dimensión celebrativa es en realidad un momento de la perspectiva rememorativa-narrativa, que su teología ha ido adquiriendo prácticamente a lo largo de toda su trayectoria y más intensamente en esta segunda etapa de su andadura. De esta forma se emparenta con la propuesta de J. B. Metz acerca de una teología rememorativo-narrativa de la redención, como el mismo Jon Sobrino ha reconocido expresamente.

Esta cuestión es realmente importante. Pretende mantener la prioridad de la

realidad sobre su interpretación. Es consciente de que las categorías son siempre más pobres que los acontecimientos. Ha redescubierto la capacidad que los relatos tienen de hacer revivir en nosotros las peripecias de la realidad, de mantener vivos los acontecimientos, en la medida en que las historias que se cuentan se perciben como historia propia; e igualmente, el carácter evocador que la historia de la salvación de Dios puede tener para el hombre moderno. La teología de J. S. no aporta ni observaciones, ni precisiones metodológicas, pero tiene historias que contar, cargadas de sufrimiento, pero sobre todo de sentido humano y cristiano.

*\*Su arquitectura teológica*

La arquitectura de la teología contemplada desde su perspectiva rememorativo-narrativa presenta cuatro niveles:

a) El básico lo constituyen las biografías de los mártires. Sus muertes son la expresión más contundente de su cargar desde dentro con esa realidad de la que sus vidas han querido hacerse cargo y encargarse.

b) Sobre él aparece el de las narraciones. Efectivamente, una pieza original y esencial del despliegue salvadoreño de esta perspectiva soteriológica, lo constituyen "las historias" de sus mártires. La producción y profusión de publicaciones sobre este tema resulta más que notable. Se ha hecho casi inabarcable. Estas narraciones pretenden no olvidar a los mártires, hacerlo sería deshumanizante. Mantienen viva su memoria para mostrarles así el agradecimiento que sienten hacia ellos. Narran y vuelven a narrar sus vidas. Comprueban que su recuerdo es fuente de inspiración, de ánimo y de compromiso cristiano, que su memoria sigue dando vida al pueblo. Recordarles, pasar nuevamente por el corazón sus vidas y sus muertes, se ha convertido así en una costumbre humana y cristiana.

Pero todas esas narraciones responden además a otra necesidad: la de establecer una mediación y una conciliación entre redención efectiva y real, por un lado, y esas historias de sufrimiento, por otro. El modelo salvadoreño ha verificado en propia carne que hay un límite en la aproximación teológica al sufrimiento del pueblo, incluso cuando la teología intenta convertirse -como es su caso- en momento mayéutico de su lenguaje doliente, que ella no puede traspasar. Hay sufrimientos ante los que el argumento teológico debe interrumpirse. Sólo se hace posible la narración. Sólo la narración "rescata" para la historia futura el sentido de la libertad entregada, que esas historias de sufrimiento encierran y que parece vencido, suprimido o revocado por la muerte. La narración es interrupción y crítica de la lógica sacrificial de un sistema socio-cultural, cómplice de los verdugos. La narración es invitación a la conversión y a verificar con la propia vida la verdad de la realidad que se narra. La narración es seducción a causa de la calidad humana de la vida de los mártires. La narración es contagio para caminar libremente en su "seguimiento" y realizar solidariamente, como ellos, la salvación en la historia, aunque ese camino termine siempre por desembocar en otras historias peligrosas de sufrimiento. La narración es

comunicación de la fe en la liberación del Dios crucificado que los testigos anuncian.

c) El tercer nivel lo constituye propiamente la teología narrativa. Sobrino no sólo ha narrado, sino que ha hecho estrictamente teología narrativa-rememorativa. Ha mostrado hondamente cómo la teología se puede convertir en narración de aquellas historias sagradas de un modo práctico, es decir, siendo ella misma un camino de liberación y humanización efectiva, y un caminar humilde con Dios en pos de que en nuestro mundo llegue a ser real la familia humana.

d) Finalmente en el último nivel aparecen las categorías. J. Sobrino ha convertido en "logos" teológico toda la sinergia que se establece entre los niveles anteriores. Y dicho y hecho, el resultado es Jesucristo liberador y La fe en Jesucristo, una cristología escrita desde El Salvador, un pueblo martirizado, que nace de la necesidad de realizar un esfuerzo intelectual para ayudar a la resurrección del pueblo salvadoreño, y que recoge lo que esta realidad crucificada desvela sobre qué es lo divino y qué es lo humano, y al Cristo que los unifica.

## **6. ACTUALIZAR LA SALVACIÓN BAJO LA MIRADA DE LOS POBRES: *EXTRA PAUPERES NULLA SALUS (FUERA DE LOS POBRES NO HAY SALVACIÓN)***

Para concluir voy a comentar tres aportaciones, en mi opinión fundamentales, de la teología de Jon Sobrino.

- En primer lugar, que ha teologizado dejándose mirar por los pueblos crucificados o por los pobres.

La teología europea en general, ha hecho un esfuerzo serio para pensar *bajo la mirada del incrédulo* porque el impacto que ha conmovido fundamentalmente a la teología europea ha sido el hecho del agnosticismo, de la increencia, del ateísmo... Hace teología bajo la mirada del incrédulo para mostrar que la reflexión sobre Dios es razonable, no es algo alienante, que Dios no es enemigo de la adultez humana, no es infantilizador, etc.

Jon Sobrino piensa *bajo la mirada de los pueblos crucificados, bajo la mirada de los pobres*,. Es decir, responde a la afirmación de Mario Benedetti: *Todo es según el dolor con que se mira*. Esta aportación deja ante nosotros algo que me parece sumamente enriquecedor, a saber: que compartir el sufrimiento del otro o dejarse mirar por los que sufren es una vía de conocimiento de la realidad, también de Dios y de lo que significa la salvación de Dios en nuestro mundo.

- En segundo lugar, la normatividad del Jesús histórico. En la teología de Jon Sobrino es muy importante el recurso al Jesús recordado. El Jesús sobre el que reflexiona es el Jesús que recuerdan los evangelios, porque cree que, como he dicho al principio, en Él se pueden encontrar claves para el discernimiento de la salvación en la historia. Y lo que encuentra fundamentalmente en el Jesús histórico es que Dios irrumpe en la historia en cuanto salvador de los pobres. Es decir, Dios es misericordia

y amor en sí mismos, pero cuando irrumpe en la historia lo hace en una historia asimétrica, donde hay pobres y ricos. El lugar donde Dios se hace presente para todos es el lugar de los pobres, su talante es a favor de los pobres; y la señal de que Dios irrumpe en la historia, es, como dice Jesús en la Sinagoga de Nazaret, *que los ciegos ven, los cojos andan, y el evangelio es anunciado a los pobres*. Esa aportación me parece muy importante para la teología y también para nosotros, aunque muchas veces resulte desestabilizadora en sociedades como la nuestra.

- Finalmente, el carácter práctico de su discurso sobre la salvación.

La teología de Jon Sobrino insiste en que la tarea del cristiano no será simplemente anunciar el reino de Dios, sino realizarlo en la historia. Es decir, convertir la buena noticia en buenas realizaciones humanas para los pobres, para los marginados. Ese carácter práctico, nos permite descubrir también el poder del pecado en la historia. El pecado, su poder, crucifica a Jesús de Nazaret y hace de los pueblos, pueblos crucificados. Para luchar contra el pecado hay que cargar con el pecado.

Termino. Lógicamente Jon Sobrino sabe que su teología no se basta a sí misma para hacer salvación en la historia, sino que depende, fundamentalmente, del quehacer de una Iglesia de los pobres que intenta, terca y permanentemente la mayor realización posible del reino en una tierra sembrada de cruces y regada con la sangre de los pueblos y grupos sociales crucificados de nuestro mundo.

Ahora que tanto hablamos de nueva evangelización, no estará de más recordar que el renovado ardor y los nuevos métodos que la Iglesia quiere potenciar en su misión no deben encaminarse primordialmente a conseguir el retorno a la fe de quienes se han ido, sino a conseguir la vuelta a la familia humana de los que están excluidos, tantos millones y millones de pobres, de crucificados, como hay en este mundo. Solamente así la Iglesia conseguirá que su misión sea prolongación de la de Jesús, el Siervo de Dios; y la buena noticia de la Iglesia, la del Espíritu del reino de los pobres. No le va a resultar nada fácil a la Iglesia esta tarea; el poder de los ídolos es enorme y la astucia de sus sacerdotes parece más sabia que la sabiduría de los hijos de la luz.

Hacer el camino de la salvación ha sido siempre un andar cargado con el amargor de las derrotas y constantemente suavizado por el renacer de las esperanzas. Jon Sobrino ha conocido por experiencia todos estos avatares, pues es su teología un momento teórico-ideológico de la praxis de una Iglesia de los pobres y de un pueblo crucificado. Como le gusta repetir a Jon Sobrino, desde esa indefensión se presenta su teología como una invitación a hacer el bien, practicar la justicia y caminar humildemente con Dios en cualquier circunstancia de la historia.

*Muchas gracias*